

LA PRIMERA EDAD.

SUMARIO.

Las Obras de misericordia. IV. Vestir al desnudo.—Las tres naranjas.—La curiosidad.—San José Calasanz.—Las dos hermanas.—Los pajaritos.—La Curruca y el Pitirojo.—El Pinzon y el Jilguero.—Los animales útiles. El Asno.—La Gallina.—El Gato.—El Perro.—La oveja descarriada.—Modas.—Explicacion del figurin iluminado que acompaña á este número.—Geroglífico.

LAS OBRAS DE MISERICORDIA (I).

IV.

VESTIR AL DESNUDO.

I.

Terrible fué, queridos niños, el invierno de 18... El frio y la nieve hacian insoportables aquellos dias á los desgraciados que, faltos de recursos, no tenian con qué resguardar su cuerpo de los rigores de la temperatura, no tenian tal vez ni aun albergue que pudiera cobijarles durante la noche.

Entre estos seres se encontraban dos pobres niñas, huérfanas, desamparadas, sin proteccion ni consuelo, sin tener á quién volver los ojos.

¡Ah, queridos míos! ¡Cuán triste será verse en edad tan tierna

sin otro amparo que el de la Providencia!

Sólo éste tenian los dos angelitos que os presento; sólo Dios velaba por ellas en su amor inagotable.

Érase, pues, una tarde en que todo hacia presentir que la nieve habia bien pronto de caer sobre la antigua corte de Castilla, envolviéndola en blanco sudario.

Y en aquella tarde, las dos pobres huérfanas se encontraban en una de las principales calles de Valladolid, yertas de frio, hambrientas, esperando que algun sér caritativo pudiera aliviar su desventura.

Y el frio aumentaba, y nadie transitaba por las calles: las pobres niñas esperaban, pues, inútilmente un socorro que no parecia habia de llegarles.

No puedo, niños queridos, expresaros cuánto sería el sufrimiento de aquellos dos seres, como vos-

(1) Véanse los números de Abril, Mayo y Junio.

otros tampoco podríais comprenderlo, ya que teneis abundante alimento, cómodo abrigo, todo aquello, en fin, que os pone á cubierto de las necesidades.

Las dos infelices que os presentan carecian de todo; hé aquí por qué era grande su sufrimiento, intenso su dolor.

Sólo una esperanza podian abrigar: Dios, que cuida de todos los seres, no podia dejarlos en aquel día completamente desamparados.

Las campanas de una iglesia allí próxima sonaban el toque de oraciones; las niñas, al oirle, dirigieron sus ojos al cielo, y una tierna plegaria escapóse de sus labios.

¿Qué pedian?

A Dios elevaban sus almas; en él cifraban su esperanza, pidiéndole solamente algun socorro.

Dios, queridos niños, oye siempre las súplicas, las oraciones de los ángeles: no habia de desatender las de las dos huerfanitas.

Hé aquí, pues, que debo relataros fielmente cómo hubo de ser atendida la angustiosa situacion de las dos desvalidas.

Acababa apenas de vibrar en el espacio el último sonido de las campanas, cuando dos niños acertaron á pasar por el mismo sitio

donde las huérfanas se encontraban.

Recostadas éstas en el umbral de una puerta, no pudieron los niños distinguirlas á la escasa luz del crepúsculo.

Seguramente hubieran continuado su camino, si una voz lastimera no hubiera llegado á sus oídos.

— Por Dios, por Dios, tened compasion de dos pobres niñas: sin pan, sin techo, sin abrigo, sólo la muerte nos espera: doleos, pues, de nuestra desgracia y aliviad nuestros sufrimientos.

Al oir estas palabras, los dos niños detuvieron su marcha.

— ¿No oyes, Enrique, exclamó uno de ellos; no oyes cómo imploran nuestro auxilio?

— Sí, Eduardo: bien oí lo que tambien ha llegado á tus oídos; pero creo difícil socorrer la necesidad que pueda tener la persona que pide aliviemos su suerte.

— ¿Difícil?

— Sí; ¿no recuerdas que hace poco hemos gastado los últimos cuartos que nos quedaban?

— Lo recuerdo bien; pero no es sólo el dinero el que puede aliviar una desgracia, hé aquí por qué debemos ponernos al corriente de las necesidades que sufre quien á nues-

tra caridad acude. Veamos, pues, á quién podemos socorrer.

Dicho esto los dos niños se aproximaron á la puerta donde las huerfanitas se encontraban.

—¿Qué necesitáis? exclamó Eduardo; decidnoslo por si algo podemos hacer en vuestro auxilio.

—¡Ah! exclamaron las dos desgraciadas, tenemos frio y hambre: nuestros vestidos, hechos jirones, no resguardan nuestras carnes del rigor de la intemperie.

—¿Teneis frio y hambre? exclamó Enrique; por desgracia no nos queda un solo real, y no podemos ayudaros en nada.

Te equivocas, dijo Eduardo, aún tenemos nuestras capas, nuestras chaquetas, nuestras gorras: ellas bastan á librar tal vez de la muerte á estas infelices.

—¡Nuestras capas, nuestras chaquetas! interrumpió Enrique; ¿no comprendes que de darlas nos expondríamos á las reprensiones, á los castigos de nuestros padres?

—¡Castigos! No, no es posible que mis padres pudieran castigarme por hacer una obra de misericordia.

—Y ¿qué sabes tú? dijo Enrique, ¿qué sabes tú, si aún, á pesar de todo, puedes merecer las censuras de tus padres?

—Te diré lo que hace varias noches oí de labios de mi amada madre, en ocasion que, estudiando mis lecciones del otro dia, trabajaba, juntamente con ella, sobre las *Obras de Misericordia*; te repetiré las palabras de mi querida madre: «Hijo mio, me decia, conserva siempre en tu memoria la leccion que aprendes esta noche; nada hay para Dios tan grato como las obras de caridad, nada que eleve al hombre lo que elevarle puede el beneficio que hagas á tu prójimo. En las *Obras de Misericordia* tienes reunidas aquellas acciones en que resplandece más la caridad; no dejes pasar nunca la ocasion que se te presente de practicarlas. Da tu pan al que hambre tenga, da tu vestido al que sin abrigo se encuentre, no niegues tu consuelo al que se halle afligido, ni dejes de visitar al enfermo que necesidad padezca y auxilio necesite. Dichoso tú si algun dia puedes decirme que has cumplido con alguna de estas obras de caridad.»

—Estas palabras, continuó el niño, me alientan y obligan á cumplir los deseos de mi muy querida madre; yo no puedo en esta ocasion olvidar sus consejos, sus sábias advertencias,

Y diciendo esto, Eduardo se aproximó á las dos niñas, que temblaban de frio y apenas podian articular palabra.

—Decidme, pobres niñas, decidme lo que necesitáis.

—Tenemos frio, nuestros vestidos apenas si cubren nuestros cuerpos.

—Tomad entónces, dijo el buen niño, sólo puedo daros mi capa y mi chaqueta; aquí las teneis.

Y quitándose las referidas prendas, dió una á cada una de las pobres huerfanitas.

—Y ahora, continuó, Dios vele por vosotras; no tengo nada más que daros.

Eduardo se retiró despues de esto, llevando tras sí las bendiciones de las pobres niñas; su alma gozaba; tal vez por eso callaba, sin hacer caso de que su compañero tambien caminaba sumido en profundo silencio.

Y no era igual el silencio de los dos amigos: Eduardo gozaba con el recuerdo de su buena accion; Enrique iba tal vez con el sentimiento de no haber correspondido á los deseos caritativos de su compañero.

Los dos niños se dirigieron cada cual á su domicilio; al uno esperaban los brazos de su madre en

premio de su caridad; el otro no merecia, seguramente, el beso de amor maternal.

¿Y las huérfanas?

Allí quedaban, dormidas, al parecer, en el umbral de la misma puerta donde las habian encontrado Enrique y Eduardo. Envueltas la una en la capa, la otra en la chaqueta, tal vez esperaban allí la venida del dia siguiente.

Y entre tanto, la noche habia cerrado y la nieve caia con abundancia; tal vez el frio hiciera dormir á las pobres niñas el eterno sueño de la muerte.

.

II.

A la siguiente mañana, inmensa sábana blanca cubria las calles y cercanías de Valladolid.

En la misma calle, ante la misma puerta donde las huérfanas habian quedado la noche anterior, aparecia numeroso concurso, que á cada momento se aumentaba con las personas que por allí casualmente transitaban.

¿Qué ocurría?

Podeis comprenderlo, queridos niños; las pobres niñas parecian sumidas en profundo sueño; sus miembros estaban rígidos, el frio

de la muerte parecía haberse apoderado de ellas.

¿Estaban muertas?

Hé aquí lo que deseaban saber cuantos allí se encontraban; hé aquí lo que todos, sin duda, presentían.

Y nadie osaba tocar á las huérfanas, sin duda ante el justo temor de que fueran ya cadáveres, siguiendo, por lo tanto, los espectadores, allí congregados, en el deseo natural de saber lo que sucedía.

Y llegó un facultativo, y pudo al fin descifrarse el problema; las niñas vivían aún; pero su estado sumamente grave exigía grandes, poderosos esfuerzos para que la vida, que estaba próxima á escaparse, viniera de nuevo en toda su plenitud á aquellos cuerpos, que parecía próxima á abandonar.

Las huérfanas fueron trasladadas á un hospital; allí la ciencia pudo arrancarlas de los brazos de la muerte, devolviéndoles la vida que tan cerca habían estado de perder.

Y vivieron, y supieron de labios del doctor que las había devuelto la existencia, cómo debían la vida á la capa, á la chaqueta con que habían podido cubrirse, gracias á la generosidad y caritativos sentimientos del niño Eduardo.

Entonces, como la caridad de éste se hizo pública, pudieron las huérfanas demostrarle su intenso, su imperecedero agradecimiento, y el buen niño tuvo en ello el mejor premio á que jamás hubiera podido aspirar.

Y no fué esto sólo; sus padres, sus profesores le premiaron también dignamente, y no hubo amigo que no tuviese particular empeño en hacer lo mismo y que no realizase dignamente su deseo.

Hoy, cuando muchos años han transcurrido, aún existe el recuerdo de aquella acción; que no hay obras tan grandes como aquellas que á la caridad van destinadas.

¡Benditas sean, pues, niños amados, las *Obras de Misericordia*!

¡Bendita sea la caridad, que tan bellas acciones ocasiona!

E. THUILLIER.

LAS TRES NARANJAS.

I.

Cuéntase que hace ya muchos años, en uno de los países hoy desconocidos, vivía un rey poderosísimo llamado Abul, que era padre de tres hermosos y robustos mancebos. Se le consideraba como el más poderoso de la tierra; sus tesoros eran inmensos y sus esta-

dos no tenían límites. Habitaba en un palacio de maravillosa arquitectura, construido todo él de mármol blanco y de cristal de roca, y desde luego llamaban la atención extraordinariamente cuatro torres de coral, que coronaban tan bellísimo edificio, y que mirando á los cuatro vientos, tenían una altura colosal, pues se divisaban desde muchas leguas de distancia. La fama de este monumento artístico era universal, y de todas partes del mundo llegaban diariamente infinitos viajeros, ávidos de contemplar por sus propios ojos aquella maravilla nunca bien ponderada.

Un día, entre los muchos extranjeros, llegó un viejo árabe, que decia haber visitado las más ricas y populosas capitales; contempló con asombrados ojos el palacio, y una envidia mortal abrasó en el instante su pecho. «Si yo lograra hacerme dueño de este palacio, se dijo, me daría por muy contento y vería satisfechas todas mis ambiciones.»

Así pensando, pasó una gran parte del día frente á las habitaciones del rey, y de tal modo parecia abstraído en sus contemplaciones, que hubo de llamar desde luego la atención de aquél, y deseoso de hablarle, mandó á uno de sus guardias que le llevasen á su presencia.

Luego que el árabe estuvo junto á él, —Te he mandado á llamar, le dijo sonriéndose, para que me digas si te agrada mi palacio.

— Señor, respondió el extranjero, he viajado mucho y he visto mucho, pero debo confesaros que no hay nada sobre la faz de la tierra que pueda compararse á esta soberbia maravilla. ¡Cuánto tiempo no habréis necesitado para construirla y cuántos tesoros no habréis consumido en su construcción!

— Dices bien, contestole el Rey; en esta grandiosa obra se han empleado muy cerca de mil años y se han agotado inmensas riquezas. Uno de mis antepasados tuvo un sueño una noche; durante él vió un palacio semejante á éste y al siguiente día mandó reunir á todos los obreros de sus estados para que diesen comienzo á la obra, pero cuando murió, apenas estaba levantada una de las alas del edificio; su hijo continuó tan grandiosa empresa y así sucesivamente sus sucesores, hasta mi padre, que le ha dado cima, siendo yo, por consiguiente, el primer rey que ha tenido la gloria de poder habitarlo.

Asombrado quedó con aquella relacion el extranjero, pero su estupor llegó al colmo despues de haber visitado todas las habitaciones y jardines del palacio. Cada una de aquéllas era de un mineral diferente, empezando por el talco y concluyendo por el diamante; habia, pues, habitaciones cuyas paredes, techo y pavimento eran de plomo, cobre, hierro, plata, oro, rubíes, esmeraldas, zafiros, topacios, perlas y diamantes; esta últi-

ma era la destinada á la cámara real. En cuanto á los jardines, de una extension inmensa, se veían poblados de toda clase de plantas, flores y frutas, sin que faltase en ellos nada de cuanto cria la naturaleza. Finalmente y para completar tan bello conjunto, en sus árboles anidaban toda clase de pájaros, áun los más raros y caprichosos.

Despues que el extranjero hubo contemplado tantas maravillas juntas, se prosternó á los piés del Rey, y con acento solemne le dijo:

—Señor, no me canso de admirar vuestro palacio, en él se encierran todas las preciosidades de la tierra, pero permitidme que os haga una pregunta. ¿Estais seguro de que ha sido construido por la mano del hombre?.....

—¿Por qué me preguntas eso? murmuró el Rey.

—Por que pudiera ser que su construccion, repuso el árabe, fuera obra de algun espíritu, pues no es dable suponer en humanos artífices tanta perfeccion y belleza, y en ese caso, vuestra vida correria gran riesgo.

El Rey, que conocia los orígenes de su hermosa morada, hubo de mostrarse, sin embargo, algo temeroso; así es que le manifestó su curiosidad por saber en qué fundaba tan extrañas suposiciones.

—Soy mago, señor, le dijo el árabe, hace muchos años que me he dedicado al estudio de las ciencias ocultas y si me dejaseis vivir algun tiempo en una de las habi-

taciones de este rico alcázar, acaso podria descubriros el misterio que en él se encierra.

Al oir estas frases no dudó el rey que pudiera haber algo de cierto en ellas, y deseoso de saber si algun ser sobrenatural tenía relacion con su palacio, ordenó que desde aquel día se destinase al mago la habitacion del ópalo, señalándole á la vez, y bajo pena de muerte, un plazo de tres meses para que descubriera el enigma que habia anunciado.

El mago juró ante toda la corte que cumpliria su promesa.

II.

Luégo que se vió en tan extraño como magnífico aposento, empezó á meditar el medio de destruir aquel palacio; cegado por la envidia y arrastrado por todos los malos instintos, no podia comprender que hubiese en la tierra un sér tan feliz y tan poderoso como el rey Abul. Muchos dias pasó revolviendo en su mente los más absurdos proyectos; ninguno le parecia bueno para llevar á cabo su diabólica empresa y era forzoso que lo encontrase, pues sino, le iba en ello la vida. Pasó el primer mes y nada habia decidido; pasó el segundo y veia ya la imposibilidad de realizar sus malditos deseos; pasaron veintinueve dias del tercer mes, y no le quedaban ya más que veinticuatro horas para que espirase el plazo. ¿Qué iba á decir al monarca?..... No podia valerse del enga-

ño, no podía inventar una fábula, porque le pedirían las pruebas de su aserto. Además estaban congregados para el día siguiente todos los sabios y magos del reino; ante ellos había de descubrir el misterioso enigma en el cual tenía su origen el palacio..... ¿Qué había de hacer pues?.....

Por más que ponía en tortura su ingenio, el envidioso extranjero se consideraba á cada instante más perdido; él, que se había adormido al dulce halago de las más doradas ilusiones, despertaba, por fin, ante una realidad horrible; había pretendido turbar el sosiego y arrebatarse la dicha á un rey tan bondadoso, y se encontraba él al borde de la tumba, horrorizándole en tan supremo instante la idea de la muerte. Entregado, pues, á la desesperación más grande, veía con espanto cómo volaban las horas, que le parecían minutos; y mesándose el cabello y la barba, se arrastraba por el suelo arañándose el rostro, ó golpeaba con su cabeza la pared, maldiciendo su envidia y su curiosidad, que en semejante trance le habían puesto.

En uno de aquellos desesperados movimientos y al chocar su cabeza contra uno de los ángulos de la sala, observó que la pared al ser golpeada por aquella parte producía un extraño sonido metálico; esto le sobrecogió de tal manera que, olvidándose por un momento de sus crueles pesares, empezó á examinar con la mayor escrupulosidad y detenimiento el

sitio en que se hallaba. No tardó mucho en divisar á toda la altura de su brazo, un botón sumamente diminuto, lo tocó con la yema de uno de los dedos, y vió con gran sorpresa que se abría una pequeña puerta, de tal modo disimulada, que nadie hubiera podido dar con ella.

Asáltóle entonces una idea repentina; aquella puerta le presentaba la bajada de un subterráneo cuyas gradas eran de finísimo alabastro, pero tan anchas y suaves, que se podía muy bien descender á caballo. Pensó que una galería como la que se ofrecía á sus ojos no podía ménos de conducir á algun paraje retirado, acaso lejos de la ciudad, y que le sería fácil escaparse, librándose así de la sentencia del Rey.

Dominado por este pensamiento empezó á bajar, pero á los pocos pasos le flaquearon sus piernas, rindióle un cansancio particular, sentóse sobre los frios escalones, y cerrando á su pesar los ojos, bien pronto se quedó dormido. Entonces se le apareció en sueños un espíritu, bajo la figura de un enorme buitre, que le habló en estos términos:

«Extranjero, el genio del mal te acompaña, y por consiguiente, velará por tí: ya sé el impulso que te ha movido á bajar por este subterráneo, cuya salida da al campo, á cien leguas de la ciudad. Sube, pues, otra vez á tu aposento; preséntate al Rey y dile que su palacio es obra de los espíritus maléficos que obedecen

las órdenes de Ossiam, señor de los negros abismos. Has de saber que, por voluntad de éste, se transformaron aquéllos en trabajadores y edificaron tan suntuosa maravilla, dejando abierta esta salida con objeto de que la curiosidad de un príncipe le arrastrara algún día á bajar por aquí y llegar hasta el castillo del Águila negra, donde encontraría seguramente la muerte, sumiendo á la vez á todos sus pueblos en una condenacion eterna.

» Le dirás tambien al rey Abul que, á fin de librar sus Estados del yugo de Ossiam, está escrito en el libro del Destino que si algun príncipe, porque no puede ser más que un hijo de rey el que se arriesgue á semejante empresa, llegase hasta el castillo del Águila negra, y penetrando en sus hermosos jardines, volviere de él con tres naranjas, bastaria que las colgase de las tres puertas de entrada de su palacio para que inmediatamente perdiera Ossiam sobre éste todo su terrible dominio.

» El rey Abul no podrá ménos de escucharte con satisfaccion, y si por casualidad alguno de sus hijos lograse coger las tres naranjas, apenas las colocasen en las tres puertas, quedaria el palacio completamente destruido. Sin embargo, procura conseguir á todo trance la libertad, porque de otro modo perecerias tambien envuelto entre las ruinas.»

Dicho esto, desapareció el buitre, aleteando con pasmosa rapi-

dez y produciendo un ruido extraordinario.

El mago despertó, y recordando cuanto acababa de suceder, decidió poner en práctica el consejo del buitre. Una vez en su aposento, pidió permiso para presentarse al Rey, y recibido que fué por éste, descubrióle el mago cuál era el misterio de aquel palacio, la condenacion que pesaba sobre su pueblo y la manera de redimirle, pero cuidándose mucho de no decir que todo aquello lo habia sabido en sueños, y pretextando, por el contrario, que era efecto de sus continuas vigiliias y profundos estudios.

III.

Asombrado quedó el rey Abul con el relato del mago, pero no ménos pesadumbre que asombro le causaron las revelaciones que acababa de oír. Lleno de amargura y tristeza, pasó todo el día encerrado en su cámara; su corazon de padre sufría dolorosamente á la sola idea de separarse de alguno de los príncipes; pero al fin, comprendiendo que de ello dependia la salvacion de su reino, y que empresa de tal valía habia de conquistarle gran gloria, llamó á sus tres hijos Abin, Abó y Abel, y les habló en los siguientes términos:

—«Hijos míos, ya conoceis al extranjero que hace tres meses se presentó en palacio; merced á sus profundos conocimientos en las ciencias secretas, he sabido que

nuestro pueblo está predestinado á una eterna condenacion hasta que haya un príncipe de la sangre que se arriesgue á llegar al castillo del Águila negra y recoja tres naranjas de sus jardines, que han de colocarse despues en los tres pórticos que dan entrada á este alcázar. ¿No os parece que, conociendo este secreto, seríamos, tanto yo como vosotros, indignos de sentarnos en el solio si no tratáramos de redimir nuestros Estados del cautiverio del genio del mal?»

—Sí, sí, respondieron á una voz los príncipes, animados de un mismo sentimiento, y los tres se ofrecieron á marchar inmediatamente.

—Que me place vuestra decision y me enorgullece al mismo tiempo, murmuró el anciano monarca; yo no me hubiera atrevido á designar nunca á uno de vosotros, y por eso os he reunido, á fin de que vosotros mismos os ofrecierais; así, pues, creo que Abin, que es el mayor, debe acometer el primero tan árdua y peligrosa empresa.

Conformáronse con esta decision los tres príncipes, y decidióse que Abin saldría aquella misma tarde, despues de recibir las instrucciones del mago, y con efecto, á las pocas horas, despues de haberse provisto de todo lo necesario para un tan largo viaje, el príncipe heredero empezaba á bajar en su brioso corcel la galería subterránea que ya conocemos, acompañado de un brillante y numeroso séquito.

El Rey despidió á su hijo con lágrimas en los ojos, y cuando hubo desaparecido, volvió á su cámara con el corazon oprimido, pensando en la suerte que podría caber al dulce fruto de su amor. El mago, teniendo presentes los consejos del genio, pretextó que sus muchos negocios le impedían permanecer por más tiempo en la corte, y se despidió del rey Abul, el cual le colmó de todo género de mercedes; pero como al mismo tiempo que quería alejarse cuanto ántes del palacio, tuviera curiosidad por verle destruido, lo cual era todo su anhelo, decidió permanecer oculto en la ciudad por algun tiempo.

Entre tanto el príncipe Abin seguía rápidamente su descenso, y al cabo de las cien leguas se encontró en un campo para él desconocido, árido y rodeado de altísimos montes. A lo léjos divisó una pequeña choza formada de arbustos y de ramas secas, y se encaminó hácia ella por una senda angosta y tortuosa, en la que no podía marchar de frente sino un solo caballo. A la puerta habia una vieja hilando, y llegándose junto á ella, — «Buena anciana, la dijo, ¿podríais indicarme si se halla muy léjos de aquí el castillo del Águila negra?.....»

Al oír esto se estremeció la vieja, alzó la cabeza, y mirando como asombrada al gentil mancebo, — «¡Ah! no vayais, hijo mio, á ese castillo, contestó; en él encontraríais seguramente la muerte.»

—¿Y por qué? preguntó el Príncipe con marcada ansiedad.

— Porque esa Águila negra de que habláis, y que ha elegido por morada ese triste castillo, es un genio maldito que guarda en él á una hermosa doncella que tiene encantada, y no consiente que nadie se acerque á sus inmediaciones.

El Príncipe pareció vacilar con aquella respuesta; pero pensando en lo que se diría en la corte, y sobre todo el disgusto que ocasionaría á su padre si regresaba sin las tres naranjas, decidió seguir adelante con su empresa.

— Os agradezco, dijo á la vieja, las noticias que me habeis dado, pero no puedo desistir de mi viaje; así, pues, os suplico me indiqueis el camino que he de seguir para llegar al castillo.

La vieja le hizo aún un sinnúmero de reflexiones, pero todas en vano; el príncipe mostraba mayor empeño á cada instante, así es que acabó por decirle:

— El castillo del Águila negra dista de aquí algunas jornadas, y el camino que á él conduce es ese que veis á la izquierda.

Y le señaló una veredita apenas transitable que se perdía entre la frondosidad de un espeso bosque. Después añadió:

— Os advierto que necesitáis revestiros de mucho valor y de no menos abnegación, pues en vuestra marcha os veréis sujeto á grandes y terribles pruebas; además, no podeis ir acompañado, habeis de caminar enteramente solo.

El Príncipe, mal de su grado, despidióse de cuantos componían

su comitiva y se internó por el sendero que le había indicado la vieja.

IV.

Muchas horas anduvo el príncipe Abin; su caballo apenas podía soportar ya la fatiga, y rendido aquél por el cansancio y el sueño, puesto que no había cerrado los ojos durante cuatro noches, decidió detenerse y descansar bajo la hermosa copa de un árbol, ató al tronco su caballo, y él, con la mayor tranquilidad y sin temor alguno, quedóse bien pronto dormido: cuando despertó ya no estaba el corcel á su lado; le era, pues, preciso continuar á pié la marcha.

Sufrió con resignación esta contrariedad, tanto más grande, cuanto que se hallaba sin provisiones á consecuencia de la desaparición de su caballo; pero después de lamentar el haber emprendido aquel viaje, comprendió que no tenía otro remedio que continuarle. No había andado aún cien pasos, cuando se encontró con que un altísimo y negro peñasco le cerraba el camino. Entónces creyó que había equivocado la ruta y quiso volver atrás; pero con gran asombro oyó una voz que parecía salir de las entrañas de la tierra, que le decía: *Anda....., anda*. Giró la vista en rededor suyo y no vió á nadie; sin embargo, la misma voz, como el eco del trueno, continuaba diciéndole: *Anda....., anda*.

Sobrecogido de espanto, comen-

zó el Príncipe á trepar como podia por la áspera montaña; pero cuando llegaba á cierta altura y ya pensaba tocar la cima, caía al pié del peñasco y se veía precisado á intentar de nuevo la subida; cinco ó seis veces le sucedió lo propio, y

padre, á quien expuso la imposibilidad de realizar su empresa.

El rey Abul le oyó con gran sentimiento reseñar las penalidades que habia sufrido durante tan larga excursion, pero no dudando que alguno de los otros dos prín-



Núm. 1.

1

2

al fin, desfallecido y falto de fuerzas, pensó que era una quimera lo que se proponia; desconfió de hallar el castillo del Águila negra, y despues de haber retrocedido cuanto habia andado, presentóse al cabo de un año en la córte del Rey, su

cipes conseguiria el objeto que se propusiera, llamó á su segundo hijo y le ordenó que se dispusiera para el viaje, por ver si era más afortunado que su hermano mayor.

Salió el dia siguiente el príncipe

Abó, acompañado de una comitiva igual á la de Abin, y bien pronto cundió por toda la ciudad la noticia de la llegada del Principe heredero; el mago árabe hubo de mostrarse muy pesaroso, al saber lo infructuoso de su expedicion; cada dia le devoraba más la envidia, y no podia contemplar, sin sufrir crueles padecimientos, el palacio del rey Abul. Decidióse, pues, á esperar la vuelta del príncipe Abó y seguir viviendo en la ciudad, recatándose de las ajenas miradas.

Entre tanto caminaba el hijo segundo del Rey con la velocidad del rayo, y llegó á la vista de la choza, donde su hermano hallára ántes á la vieja; ésta le habló en los mismos términos que al primero, y de la misma manera se despidió él de su acompañamiento, internándose en la senda que conducía al castillo del Águila negra. Descansó tambien bajo el mismo árbol que Abin, y como él se halló igualmente al despertar sin su caballo. Despues de meditar mucho tiempo sobre lo que deberia hacer, decidió seguir andando, alimentándose, como su hermano, de las frutas que encontraba al paso. A las pocas horas se halló al pié del peñasco negro que cerraba el camino, y vacilando sobre la resolucion que habia de tomar, oyó la misma misteriosa voz, que le decia: *Anda....., anda*. Atemorizado, trepó á la altura con el mayor denuedo; pero, como su hermano, cayó algunas veces hasta el fondo

del valle, resbalándose en la terrible pendiente; por fin, despues de inmensos esfuerzos, llegó á la cima y en ella paróse á descansar de las fatigas que le ocasionára la subida. Desde allí contempló una llanura inmensa, en la que no se veía ni una casa, ni un árbol, ni la menor huella que denotára que por allí morase sér alguno viviente; por medio de la interminable pradera atravesaba una estrecha senda, pero la bajada hasta ella ofrecia acaso más dificultades que la subida. Entónces, desesperanzado de poder llegar al castillo del Águila negra, y sintiendo agotadas por completo las fuerzas, volvió á bajar de la altísima montaña, despues de haber tomado algun descanso, y regresó á su córte al cabo de otro año, causando con su llegada nueva pesadumbre al Rey, su padre.

Desconsolado éste, llamó á su tercer hijo, al que amaba entrañablemente, y le expuso con frases conmovedoras la desgraciada suerte de sus vasallos, si no se encontraba un príncipe suficientemente valeroso para recoger las tres naranjas. El jóven Abel, que era un gallardo y hermoso mancebo, aseguró á su padre que estaba dispuesto á emprender el viaje, y que fueran cualesquiera las contrariedades con que tropezase en su marcha, no regresaria, como sus hermanos, sin ser el portador de las tres naranjas.

El mago, que supo todo esto, decidió permanecer aún en la ciudad,

hasta la vuelta del príncipe Abel, por ver si lograba esta vez contemplar la ruina del palacio del rey Abul.

afligranadas torres del palacio, el menor de los hijos del Rey se dirigia, seguido de un poderoso acompañamiento, hácia el castillo del



Núm. 2.

1

2

5

4

5

V.

Al siguiente dia, apénas las hermosas luces del alba doraban las

Águila negra. Como caminaba con mucha más rapidez que sus dos hermanos, pues le animaba la esperanza de conseguir su objeto,

llegó mucho más pronto tambien á la cabaña de la vieja; ésta se encontraba hilando, como de costumbre, y al ver tan gallardo mozo junto á sí, le dijo:

—«Por favor, hermoso Príncipe, no sigais vuestro camino; cuantos viajeros han querido llegar hasta el castillo del Águila negra se han visto precisados á volver, despues de inmensas contrariedades.»

El Príncipe manifestó su resolucion de llegar á todo trance, y la vieja, despues de hablarle en idénticos términos que á sus hermanos, despidióse de él, haciendo votos por el logro de su arriesgada empresa. Separóse con gran sentimiento el Príncipe de sus fieles servidores, encargóles mucho que volviesen cuanto ántes á la córte, participando á su padre el buen estado en que le dejarán, y tomó al trote largo la estrecha senda que llegaba hasta el peñasco negro.

Inútil es decir que, como sus hermanos, perdió el caballo, y que, como ellos, al llegar al pié de la montaña, oyó la voz que murmuraba con ronceo y pavoroso acento: *Anda..... anda*. Siete veces tocó la cima de la enorme peña, y otras tantas cayó hasta el pié, arastrándose en la resbaladiza pendiente; pero no por esto se desanimó; á medida que iba comprendiendo lo critico de su situacion, aumentaba su deseo de llegar á la altura; por fin, tras grandes esfuerzos, logró descansar en la meseta del peñasco. Desde allí con-

templó la inmensa llanura que como una sabana se extendia ante sus ojos, y despues de hacer sus oraciones, decidió pasar allí la noche, pues necesitaba restablecer sus cansadas fuerzas para continuar aquel viaje, que le parecia ser todavía demasiado largo.

Por la mañana, al abrir los ojos, encontró á su lado, con gran sorpresa suya, un saquillo con algunas provisiones y una pequeña calabaza con agua; tomó ambos objetos, viendo en ellos la mano de la Providencia, y poseido del mayor entusiasmo, se dispuso á descender de la montaña, lo cual verificó despues de no pocos trabajos. Al tomar de nuevo la senda, oyó la misma voz que ántes, que le decia con acento aún más lúgubre que la vez primera: *Anda..... anda*. Pero el principe Abel, sin fijar siquiera la atencion en aquellas misteriosas frases, prosiguió su marcha.

Poco á poco se hizo el camino más estrecho y tortuoso, pero á medida que avanzaba, parecia ensancharse la llanura y ningun objeto se distinguia en cuanto podian alcanzar los ojos. El Príncipe suspiraba amargamente, á causa de tan penoso viaje, pero sin vacilar un instante y poseido cada vez de mayor ardimiento.

De cuando en cuando el calor, que era sofocante, le hacia detenerse muy á menudo; ya se habia despojado de gran parte de sus vestidos, y sin embargo, sentia á cada paso más pegajoso el sol y

más ardientes sus rayos; algunas veces intentaba sentarse, pero la arena ardía como ascuas, y esto le

había mermado en nada su deseo de llegar al castillo, y temiendo que se prolongase aún su marcha



Núm. 3.

1

2

3

impedia tomar descanso. A la tercera noche sintió sus fuerzas debilitadas en gran manera, pero no

por algunos días, escatimaba cuanto podía su frugal alimento, y sobre todo el agua, de la que apenas



Ad. Goubaud & Fils. Edit. Paris

LA PRIMERA EDAD - NINEZ ILUSTRADA

MADRID—*Administración de los Niños.*

e
ea
de
cu
br
ter
en
pa

su
ale
vie
tó
lle
dió
sin
qu

le quedaban dos sorbos, sin que eacontrára en todo el camino dónde llenar de nuevo su calabaza. El cuarto día encontró con gran asombro á un pobre anciano, que estaba tendido en el suelo y medio oculto en una revuelta que por aquella parte hacia el sendero; al verle,

divisaria las formidables almenas del castillo del Águila negra.

No por esto se apesadumbró el jóven Príncipe, ántes, al contrario, demostró en su semblante cierto júbilo por saber cuándo tendrían fin sus penalidades; pero cuando iba á despedirse del anciano, éste



Núm. 4.

su corazón palpitó con vehemente alegría, pues era el primer sér viviente que encontraba; le preguntó si le faltaba aún mucho para llegar al fin de su viaje, y respondióle aquél en su misma lengua y sin mostrar la menor extrañeza, que al cabo de otros cuatro días

le detuvo y le dijo que se moría de hambre y sed, pues llevaba más de cuarenta y ocho horas sin haber probado ni pan ni agua. Condolióse Abel al escucharle, y le ofreció generosamente el saquillo de sus provisiones y la calabaza del agua, diciéndole:

—«Tomad, buen hombre, en pago de la noticia que acabais de darme; vos sois viejo y lo necesitais mejor que yo.»

Entonces el anciano tomó cariñosamente entrambas manos al joven, y sentándose á su lado,

—«Descansa, caritativo mancebo — le dijo; — aquí la tierra es fresca y suave; aquí no te alcanzarán los ardores del sol, y podrás reponerte de tus fatigas; la caridad que te ha inspirado mi desgracia te ha salvado, y llegarás en breve al castillo del Águila negra. Mira.....»

Y siguiendo el Príncipe con la vista la direccion de la diestra del anciano, vió de pronto, á no mucha distancia, una inmensa mole de piedra ennegrecida por el tiempo, y aleteando sobre ella una enorme y espantosa águila negra. El anciano continuó:

—«Yo soy desde este instante tu genio protector; otros viajeros como tú, que han pasado por aquí y no se han dolido de mi infortunio, han sido víctimas del águila; mas yo velo por tu vida, y me encargo desde ahora de tu suerte. Sé quién eres, cómo te llamas y á lo que vienes. Toma este arco y estas tres flechas, pero ten muy presente lo que voy á decirte y ejecútalo al pié de la letra.

»Te llegarás sin vacilacion hasta el pié del castillo; el águila se colocará casi sobre tu cabeza, pero algunos pasos delante de tí; síguela por donde te lleve, y verás cosas que sorprenderán agradable-

mente tu vista; pero por mucho asombro que te causen, no las toques, ni ansies apetercerlas, porque desde ese instante serías esclavo del águila, que te condenaria á un encanto eterno. Cuando hayas llegado á un jardin frondosísimo, verás en su centro un hermoso naranjo, y en él tres solas naranjas de extraordinaria belleza, pero de muy poca magnitud; el águila te llevará hácia ellas, pero no las cojas con la mano; coloca una flecha en el arco y dispara á una de ellas; el águila entonces tomará diferentes formas y te acosará con furor inusitado, pero tú sin perder tiempo, dispara la segunda flecha y luego la tercera. Si aciertas á las tres naranjas, recógelas sin miedo y guárdalas, sin quitarlas las flechas en que han de quedar atravesadas, hasta que te veas de vuelta en tu reino y en presencia de tu padre.»

Dicho esto, desapareció como por encanto el anciano del lado del Príncipe, y éste se puso en marcha.

VI.

No hacia aún media hora que caminaba Abel, cuando llegó á unos cien pasos del castillo. Era éste de una sola torre, pero tan alta que parecia tocar á las nubes, y estaba colocado al pié de una montaña cuya cima no alcanzaban á descubrir ojos humanos.

Como habia dicho el anciano, el águila descendió, estremecien-

do con el ruido de sus negras alas al asombrado jóven, y empezó á revolotear delante de él; siguióla el Príncipe y al punto se encontraron en el pórtico del castillo. Atravesaron una habitacion, que era toda de mármol negro, sobre cuyas paredes se veian diversos caracteres grabados en oro: despues pasaron á otra en la que se veia puesta y adornada con el mayor gusto una mesa, como si estuviese destinada á un banquete: en ella se ostentaban riquísimos y apetitosos manjares, pero el jóven apenas dirigió la vista sobre ellos; tras aquella sala habia otra tapizada toda de finísimo raso blanco, bordado con mil estrellas de oro; parecia un salon de baile, en el que várias mujeres, de extraordinaria belleza y primorosamente ataviadas, invitaban al jóven á bailar, al mismo tiempo que sonaba una música deliciosa.

El principe Abel pasó por esta sala como habia pasado por las anteriores y el águila lanzó una especie de rugido de cólera. Penetraron luégo en un inmenso salon, en el que yacian amontonadas infinitas monedas de oro perfectamente acuñadas é iguales á las del reino de Abul: el principe dirigió una mirada de desprecio á aquellos inmensos tesoros y siguió andando. Atravesó de igual manera otras diferentes salas llenas todas de piedras preciosas de un tamaño y valor imponderable, y por fin llegó, siguiendo al águila, al jardin y al pie del naranjo, que se

ostentaba orgulosamente en su centro. En lo más alto de la copa distinguió Abel las tres naranjas, y el águila se abalanzó hácia el tronco, trepando por las ramas, como si quisiera indicar al principe que imitase su ejemplo; pero éste con la mayor presteza armó su arco, y ántes que el ave se apercibiera de ello, disparó la primera flecha, que fué á clavarse en una de las naranjas, la cual, con su peso, cayó al suelo. El águila transformóse repentinamente en una horrible serpiente y se abalanzó al jóven, pero éste retiróse á un lado y soltó la segunda flecha, que atravesó otra de las naranjas, cayendo al lado de la primera: la serpiente se convirtió en un corpulento tigre que echándose sobre Abel le derribó en el suelo, preparándose á devorarle y dando feroces rugidos; pero aquél, siempre con la vista fija en la última naranja, tuvo habilidad bastante para armar su arco con la flecha que le quedaba, y ántes que el tigre pudiese cebar el furor en su víctima, cayó atravesada la naranja al lado de las otras.

En el mismo instante la fiera quedó sin vida como herida del rayo, y el jóven pudo contemplar con asombro que el castillo habia sido reducido á cenizas y que una jóven de sin igual belleza estaba arrodillada á sus piés diciéndole con una dulzura verdaderamente angelical:

—«Gracias, gracias, hermoso jóven; sois mi libertador y os debo

más que la vida : disponed de mí, soy vuestra esclava.»

La contempló largo rato el Príncipe y sintió que su corazón latía con extraordinaria violencia á la vista de tan preciosa criatura : levantándola despues del suelo, supo por ella que era una princesa hija de reyes, que se llamaba Sara, y hacia tres años vivia encantada bajo el dominio de un monstruo, que no era otro que el águila negra, el cual la habia robado del dulce regazo de su madre, encerrándola en lo más alto del castillo que poco ántes se elevaba orgulloso en aquellos lugares.

El príncipe Abel la ofreció su proteccion, y su amor, que Sara aceptó gustosa, y despues de haber recogido cuidadosamente las tres naranjas, decidieron volver á los estados del rey Abul. Al salir del jardin encontraron dos soberbios caballos árabes lujosamente enjaezados, y luégo que hubieron montado en ellos, como si tuvieran alas, en ménos de dos segundos traspusieron valles y montañas y se encontraron á las puertas del magnífico palacio del rey.

VII.

Bien pronto cundió la noticia de aquel suceso por toda la ciudad, y una inmensa muchedumbre se agolpó en la plaza donde el alcázar estaba situado, á fin de saludar al príncipe Abel, á quien el pueblo amaba con verdadero delirio. El rey, lleno de júbilo, salió tambien

á recibirle, y al arrojarse en brazos de su hijo, á quien estrechó cariñosamente contra su pecho, éste le presentó las tres naranjas. Admiróse el rey de su belleza y dispuso que se colocasen en los arcos de los tres pórticos, como le habia dicho el mago, el cual, dicho sea de paso, se encontraba confundido entre la masa general de curiosos, poseido de una ansiedad horrible. Iban ya á ejecutar la órden, cuando Sara se opuso exclamando, con una expresion tal de amargura que conmovió á todos :

— ¡ Ah ! ¿ Qué vais á hacer ?.....
¿ Quereis condenarme de nuevo ?...
¿ Quereis condenar eternamente á todo un pueblo ?...

El Príncipe recordó entónces cuanto le dijera el anciano, y cogiendo las naranjas arrancó de una la flecha y en seguida se abrió como por encanto : estaba hueca, y de ella salió un papel de finísima seda ; hizo lo mismo con las otras dos naranjas, y en ellas encontró otros dos papeles idénticos.

En cada uno de ellos habia bordada una palabra con hilo de oro : FE, decia el de la primera ; ESPERANZA el de la segunda, y CARIDAD el de la última.

— Si, exclamó entónces el rey Abul, dirigiéndose á todo su pueblo ; tened en cuenta esos tres atributos y conseguiréis, como mi hijo, la más difícil empresa.

El príncipe Abel aseguró que, merced á ellos, se habia librado de una muerte cierta, y que sus hermanos, por no haber tenido, como

él, fe y esperanza en sus propósitos, habían tenido que regresar infructuosamente á la corte.

Cuando acabó de hablar, se vió revolotear por los aires un enorme buitre, que anduvo dando vueltas por algunos minutos sobre las cabezas de la multitud, pero de repente dejóse caer entre ella, y casi en el acto levantóse en el aire, llevando entre sus garras al extranjero mago; cuando el buitre estuvo á una inmensa altura, dejó caer su presa, que quedó muerta en medio de la plaza con horror de cuantos presenciaron tan extraño espectáculo.

Entonces la princesa Sara se acercó á aquel cuerpo exánime y presentó á vista de todos un papel idéntico á los que se hallaron en las tres naranjas, que sobre el pecho del mago se veía, y en el cual estaban grabadas estas frases: *Por malvado. La envidia es el más feo de todos los vicios.*

Sara explicó al rey Abul y á toda su corte el misterio de aquellas palabras, descubriendo que aquel árabe no era mago, como había supuesto, sino un rey extranjero, que dominado por la envidia, conspiraba contra la vida de Abul, para lo cual se había introducido disfrazado en la ciudad.

Mostró el Rey deseos de saber cómo ella podía descubrir aquel misterio, y Sara explicó perfectamente que mientras estuvo encerrada en el castillo del Águila negra hubo de saber todo lo que pasaba en el mundo y cuanto los

mortales pensaban, merced al encantamiento en que yacía sumida, y que indudablemente el fingido mago hubiese logrado su objeto á no haber el príncipe Abel muerto al águila negra. Con esta explicación se redobló el cariño del rey Abul y el júbilo de todo el pueblo; el Príncipe fué objeto durante mucho tiempo del entusiasmo popular, y á los pocos días se verificaron sus bodas con una pompa extraordinaria, disfrutando él y la princesa Sara por muchos años de una dicha sin límites, sin que la más ligera nube llegara á empañar el hermoso cielo de su felicidad.

RAMON GARCÍA SANCHEZ.

LA CURIOSIDAD.

Consuelo era una niña á quien una poderosa señora había recogido desde sus primeros años, mirándola y complaciéndola en todo como á su verdadera hija.

Mil veces, al ver su genio altivo, y sobre todo su excesiva curiosidad, pues siempre andaba indagando cuanto podía sólo por el placer de saber, la había amonestado, y aún hasta impuesto algún castigo con el noble fin de corregir aquella fea falta, que según la señora le decía, podía acarrearla algún día serios contratiempos.

Ella había jurado mil y mil veces no incurrir más en ella y á toda costa enmendarse de una manera muy formal,

Llegó una ocasión en que queriendo poner á prueba la verdad de sus promesas la dijo: Várias veces te he reprendido tu defecto y siempre me has dado las más lisonjeras palabras de enmienda; hoy voy á ver hasta dónde llega tu virtud, y sobre todo la confianza que en adelante podré tener en tí. Toma, añadió, dándola una preciosa cajita; dentro de esa caja hay una cosa primorosa, que será para tí, si es que por espacio de tres días la conservas cerrada en tu poder. Mas si ántes de este término la abres, ten la seguridad de que yo lo he de saber y entónces, á pesar del cariño que sabes te profeso, te arrojaré de mi casa negándote para en adelante mi protección, y si, por el contrario, sabes cumplir mi deseo y me la entregas en los mismos términos que yo á tí, te colmaré aún más de beneficios y en adelante serás siempre la depositaria de todos mis secretos y nada habrá reservado para tí en la casa.

Entre tanto no olvides que no quiero verte hasta el momento en que de una manera digna me devuelvas el secreto que hoy deposito en tí.

Dichas estas palabras se alejó, dejando á Consuelo confusa y sobre todo impaciente por saber aquel misterioso contenido que tanto la alarmaba.

Mil veces estuvo tentada de abrir la caja, y otras tantas temblaba á la idea de que pudiera descubrirse su curiosidad; mas, por último,

convencida de que nadie la veía y de que cerrándola bien como estaba, no podría su protectora descubrir nada, se decidió á abrirla. Pero cuál sería su sorpresa cuando al destaparla vió volar un pajarito sin que ni aún siquiera la diera tiempo de observar sus colores para al ménos sustituirle con otro.

Entónces lloró amargamente su delito, arrepentida de él, y temblorosa esperaba el momento de comparecer ante su bienhechora.

Por último, llegó el fatal instante, ésta la mandó llamar, y Consuelo, confusa y avergonzada, llegó hasta ella.

—Y bien, la dijo la señora, ¿por qué te presentas con esa turbación? ¿Dónde está la caja? Consuelo se la entregó sin atreverse á levantar los ojos del suelo. ¡Ah! dijo la dama, ¿la has abierto? ¿Este es tu arrepentimiento y ésta tu enmienda? Sal, sal de mi casa, y en adelante nunca vuelvas á buscar mi favor: desde este momento ha terminado para tí mi protección, y cuanto hagas por volverla á conseguir será inútil.

Aquel mismo día fué lanzada de la casa, donde tan feliz habia sido, la desventurada Consuelo, y después se vió precisada á entrar en otra en clase de sirvienta para poder subsistir, pero esta dura lección la hizo siempre recordar

Que quien á saber se inclina
Lo que debiera ignorar,
Suele el castigo encontrar
Donde ménos se imagina.



SAN JOSÉ CALASANZ.

(27 de Agosto.)

En ese día celebra la Iglesia al santo José de Calasanz, nombre que debe ser muy simpático á los niños, que tanto le deben. Fué el fundador de las Escuelas Pías, donde siempre han recibido educacion tantos niños pobres, muchos de los cuales han sido luégo insignes en ciencias y en letras y ocupado los primeros puestos de la nacion.

Fué natural de Aragon; nació en 1556 y murió en 1648. Su principal ocupacion fué siempre el santo ejercicio de la caridad.

Fué beatificado por el papa Benedicto XIV y canonizado por Clemente XIII.

Los niños deben amar mucho á este santo, que siempre fué amigo de los niños.

LAS DOS HERMANAS.

Carolina y Adela eran hijas de un rico mercader, que despues de haber hecho una inmensa fortuna, se habia retirado con su familia á una hermosa posesion.

La primera de estas niñas era de un carácter angelical y en extremo dócil y aplicada, siendo todo su anhelo tener siempre contentos á sus padres y preceptores.

La segunda, por el contrario, se afanaba de continuo por saltar y correr en el jardin de una parte á otra sin que jamas adelantára nada, ni en estudios, ni en labores, por más castigos y reprensiones que sufria, y ni aun el ejemplo que veia en su hermanita la hacia enmendar sus continuas travesuras.

Mil veces su amorosa madre la habia amonestado con cariño aconsejándola que variára de costumbres. Entónces Adela se conmovia y entre sollozos aseguraba la enmienda, pero al poco tiempo olvidaba sus promesas y volvía á reincidir en sus anteriores faltas.

Un dia en que se hallaba en el jardin jugando con su hermanita se empeñó en trepar á un árbol sin hacer caso de las exhortaciones de Carolina que la prevenia el peligro que corria de caerse de él y causarse algun daño.

La traviesa Adela, por seguir su

costumbre de desobedecer, se encarama al árbol sin gran dificultad, pero cuando ya estaba cantando victoria se troncha la rama en que se sostenia y cayó al suelo haciéndose bastante daño en una pierna, que, segun los dolores, juzgaba ella que se la habia roto.

Entónces comprendió lo mal que habia hecho burlando el consejo de su hermana; ésta, que al verla caer habia corrido en su auxilio, no tenía bastantes fuerzas para levantarla, pues á ella le era imposible ponerse en pié, y ambas niñas lloraban la una de dolor y la otra de angustia de ver padecer á su hermana sin poderla aliviar.

Por último, se decidió á pedir socorro, y una vez cerca de las habitaciones donde sus padres estaban empezó á gritar, — papá, mamá, que mi hermanita se ha caido de un árbol y no se puede mover.

Los padres, al oir aquella exclamacion, corren desatentados al sitio que les señaló la niña y se encontraron á la pobre Adela muy pálida á causa de los fuertes dolores que sentia, y más que nada por el susto que la caída le habia causado.

Al acercarse sus padres prorumpió aún en más lastimeros sollozos, asegurándoles que se habia roto una pierna.

Los padres se alarmaron tambien mucho; la levantaron, aunque con trabajo, de la postura en que estaba y vieron con placer que sólo era una dislocacion del pié lo que tenía; pero que naturalmente

tenía que ocasionarla dolores muy agudos. En seguida llamaron al médico que tenían en la casa, y éste aseguró que en tres ó cuatro dias estaria completamente bien; sin embargo, siguió sufriendo malos ratos hasta que se efectuó su curacion.

Cuando ya se vió levantada pidió perdon humildemente á sus padres y les juró que los dolores que habia sufrido la habian corregido de tal manera que en adelante se-

ría tan dócil y tan aplicada como Carolina, pues veia que ella era más feliz obrando de aquella manera.

Esta palabra no fué como las demas, pues la cumplió fielmente, siendo desde aquel dia, como su hermanita, en extremo juiciosa y aplicada.

Procura juicio tener,
Sin inventar travesuras,
Porque suelen las diabluras
Mal resultado traer.





LOS PAJARITOS.

LA CURRUCU Y EL PITIROJO.

¿Conoceis esos pajaritos tan vivos, que saltan sin cesar en vuestro jardín de rama en rama, haciendo oír constantemente un alegre *cui, cui?*

Pues ésas son currucas.

Esta especie de pájaros es muy numerosa; los bosques están poblados de ellos.

La curruca caza los insectos.

No tiene un hermoso plumaje, pero esto no le impide estar alegre siempre.

Estoy seguro que ninguno pensará en hacer daño á un animalito tan bueno.

—Aquí, caballero, hay un nido al pié de este árbol, hecho con hojas de encina, ¿es de currucas? Hay huevecitos de color parduzco.

—No, hijos míos, es un nido de pitirojos.

También son enemigos de los insectos.

Roba alguno que otro racimo de uvas por la vendimia, pero debe perdonársele, porque sin él los insectos se comerían muchos más.

El pitirojo es fácil de reconocer por su cuello y su pecho encarnados.

No es un pájaro salvaje, y siempre está alrededor de las personas.

¿Oís? *tiritt, tiritt!*... Es la madre que vuelve al nido.

EL PINZON Y EL JILGUERO.

—¿Qué es lo que miras en ese manzano, hijo mío?

—Hay dos nidos muy bien hechos, y los dos iguales.

— En efecto, son dos nidos muy bien contruidos, pero no tan parecidos como tú crees: mira dentro, y verás que hay alguna diferencia.

En el uno hay lana, es un nido de jilgueros; en el otro hay crin, es un nido de pinzones.

Son dos pájaros muy bonitos.

El pinzon es más conocido y viene más cerca de las habitaciones que el jilguero.

A menudo los verás saltar por el patio buscando las migas de pan que hayas dejado caer.

Sus movimientos son vivos y alegres, y por eso le digo algunas veces á Luis que es alegre como un pinzon.

Verás ménos á menudo al jilguero; su vida la pasa en el campo: se mantiene de toda clase de granos.

Es uno de los pájaros más bonitos.

¡Qué riqueza de colorido tiene su plumaje!

¡Pobre pajarito, ésta es la causa de que muchos le encierren en una jaula! ¡Si no fuera tan bonito sería más libre!

LOS ANIMALES ÚTILES.

EL ASNO.

El asno es un pobre animal á quien todos desprecian.

Segun la opinion de muchas personas, no merece que uno se ocupe de él.

Y sin embargo, si no existiera el caballo, el asno haria sus veces.

Y en proporcion, nos presta tantos servicios como el caballo.

Ya sabeis, hijos míos, cómo se trata á los pobres borriquitos.

¡Siempre pegándoles!

Esa es la recompensa que recibe por sus servicios.

Eso está muy mal hecho, porque es bueno, y hace todo lo que puede.

Es verdad que es algo testarudo. ¡Pero entre vosotros no hay tambien algunos que tienen ese defecto?

Y sin embargo, no es motivo para que se le pegue de palos.

Ademas, puede ser que si no los castigáran tanto no fueran tan testarudos.

Más se consigue con la dulzura que con el rigor, y creo que por el cariño se conseguiria con esos animales más que con el castigo.

LA GALLINA.

Emilia tiene una preciosa gallina blanca, muy bonita, y que está bastante domesticada, pues viene á comer á la mano.

El otro dia se sorprendió mucho al ver que en vez de acariciarla corria detras de ella pegando picotazos.

Y es porque la gallinita de Emilia tiene pollitos.

Y los quiere tanto, que no quiere que se acerquen á ellos porque no les pase alguna cosa.

¡Le ha costado tanto á la pobre cubrir los huevos para sacar sus pollitos!

Esta gallinita tan tierna y tan vigilante siempre, es el retrato de vuestra madre, queridos hijos míos.

¡Vuestra madre, que ha tenido tanto trabajo en educaros, que tanto miedo tiene de que os pase alguna cosa!

¡Cómo os cuida, cómo os da consejos que muchas veces no seguís!

Pues bien, cuando veáis una gallina con sus polluelos, acordaos de vuestra madre y amadla como ella os ama.

EL GATO.

¡Minino! ¡Minino! ven aquí querido minino, deja que te haga un cariño.

Vamos, estás contento; haces rou, rou.

Voy á tirarte de la cola sin hacerte daño.... ¡Miaau!.... Pfff.....

— ¡Ay! me ha arañado el pícaro minino!

— Tú has tenido la culpa, hijo mío.

Si no hubieras atormentado al pobre minino, no se hubiera enfadado: los gatos, cuando no se les hace mal, no se enfadan.

Ayer ví á unos niños que perseguían á uno tirándole piedras.

Esto es indigno y está muy mal hecho, tanto más, cuanto que los gatos son muy útiles.

¿Os gustaría que las ratas y los ratones corrieran por la noche sobre vuestra cama, ó se comieran lo que hay en la despensa?

Pues todo eso sucedería si los

gatos no les hicieran la guerra.

Es menester, pues, estar agradecidos al servicio que nos prestan los gatos.

Son un poco golosos.

¿Pero acaso son ellos solos los golosos?

EL PERRO.

El animal más amigo del hombre es el perro.

También es uno de los más inteligentes.

¡Cuántos ejemplos se pueden citar de tan excelente animal!

Selim es tan obediente que nunca tiene que llamarle su amo dos veces.

Alí quiere tanto á su ama, que en cuanto la ve se pone á brincar de alegría.

Valiente es tan agradecido, que cuando ve á Fernando, que le curó cuando estuvo malo, corre á lamerle la mano.

Hay perros, hijos míos, á los cuales unos religiosos han enseñado á socorrer á los viajeros enterrados en la nieve y transidos por el frío.

Estos religiosos viven en una montaña que está siempre cubierta de nieve.

También habreis visto, hijos míos, á los pobres ciegos conducidos por perros atravesar las calles.

¡Parece mentira que haya niños que maltraten á los perros!

Eso está muy mal hecho, no lo hagais nunca.



LA OVEJA DESCARRIADA.

Inocente la ovejuela
Alejóse del aprisco,
Triscando libre y gozosa
Por las orillas del río:
Sorprendióle allí la noche,
Y cuando volverse quiso,
Ya no encontró la cuitada,
Para volver, el camino;
Y llena de miedo y pena
Hubiera muerto allí mismo,
Si el buen pastor á buscarla
No hubiese al punto salido.

*Buen pastor es vuestro padre,
Queridos lectores niños,
Que con su amor y su celo
Os separa del peligro.*

MODAS.

Explicacion del grabado núm. 1.

1. Vestido de batista color de maíz; falda con larga cola, adornada por delante con dos volantes de 15 y 10 centímetros de ancho, montado á menudos pliegues sobre el último un entredos bordado; en los extremos de los volantes lazos de batista; casaca de batista abierta y muy larga por delante y más corta por detras, dos volantitos de batista y un entredos bordado la adornan todo al rededor, manga con ancha vuelta.

2. Niña de cuatro á cinco años. Vestido de hilo crudo, túnica de lo mismo adornada de una tira festoneada por ambos lados: botitas de lienzo crudo.

Explicacion del grabado núm. 2.

1. Niña de once á doce años. Vestido de tafetan azul marino: cuatro bieses con estrechas cintas de terciopelo adornan la falda por delante formando onda: segunda falda desde los costados, larga y recogida por detras, adornada con dos volantes y un terciopelo: chaqueta muy corta por detras y con largas aldetas por delante: manga ancha y sujeta con tres pliegues y un lazo, formando así un volante recortado en ondas como la aldetas y ribeteadas con un bies de terciopelo: cuello grande, cuadrado, de lienzo fino, con un guipur al rededor, mangas interiores tambien de lienzo con puño ancho y

guipures: sombrero de paja gris con cintas de faya del color del traje, khri y flores silvestres; botas de cabritilla negra, sombrilla azul.

2. Niña de cuatro á cinco años. Vestido de granadina color flor de malva; la falda va adornada con cinco volantes: túnica del mismo color, de foulard, diagonal, abierta por delante y recortada en picos, manga entreancha y abierta, escote bajo con pequeñas solapas, sombrero de paja blanco rodeada la copa con un echarpé de granadina color de malva y una pluma rizada: botitas de satén de seda color de malva.

3. Niño de seis á siete años. Pantalón y chaqueta de satén de hilo azul.

4. Jovencita de trece á catorce años. Vestido de sedalina gris: el paño de delante de la primera falda va adornado por tres barras de cinta de terciopelo del mismo color, lo demás de la falda va adornado con un volante puesto á pliegues menudos con cabecilla. Túnica larga con escote cuadrado, cerrada hasta abajo con botones de faya gris, manga entreancha, sombrero de paja con pluma gris y cintas de moaré azul.

5. Niña de ocho á diez años. Vestido de foulard color de acacia; la primera falda va adornada en el paño de delante por seis volantes; los dos primeros rodean toda la falda, un doble rizado de muselina blanca cubre por los lados los volantes del delantal, y sigue

cubriendo la pegadura del último volante, por detras; túnica de muselina, abierta por delante y festoneada, manga entreancha, abierta y festoneada, sombrero de granadina del color de la falda, adornado de flores de acacia y cintas anchas de moaré, blancas: botas de seda del color de la falda.

Explicacion del grabado núm. 3.

1. Niño de seis años: pantalon corto y chaquetilla corta con cuello marinero y vueltas en las mangas, de lienzo gris adornado de bieses de lienzo azul: sombrero de paja con cinta de faya negra con caidas por la parte de detras: medias blancas y zapato de cabritilla alto.

2. Traje de lienzo azul: primera falda por delante con dos volantes de á 20 centímetros de ancho; sobre el último un rizado de lo mismo: la parte de atras tiene un volante de 40 centímetros por los lados y 50 por detras, formando cola; el mismo rizado de delante sigue sobre el volante de atras: túnica abierta por delante, levantada en ambos lados con lazadas de terciopelo negro, adornada todo alrededor por un encaje de hilo blanco y una cinta de terciopelo negro de dos centímetros de ancho. Manga ancha con cartera y lazo de terciopelo, encaje estrecho en el escote y cinta de terciopelo de un centímetro de ancho, lazo de terciopelo en el pecho; sombrero diadema de paja, blanco, adornado de una dalia azul y cintas de terciopelo negro.

3. Niña de siete á ocho años: vestido de muselina blanca con un ancho volante al aire, festoneado por ambos lados, formando cabecilla; túnica escotada de foulard color de cereza; sombrero de alas muy anchas, adornado con una cinta de moaré blanca y un ramo de flores del mismo color de la túnica; botas blancas de saten.

Explicacion del grabado núm. 4.

Sombrero diadema de granadina azul adornado de adormideras y cintas color de paja. Torzal de granadina y cinta; bridas no muy anchas anudadas altas al lado derecho.

EXPLICACION DEL FIGURIN ILUMINADO.

1. Niño de cinco á seis años: pantalon ancho y corto y chaqueta plegada, con presilla por detras, de hilo color de paja; cuello marinero azul de lienzo, medias azules, zapatos de cabritilla, sombrero de paja.

2. Niña de nueve á diez años: vestido de crespon de China color de rosa, con un ancho volante y cabecilla; túnica de crespon de China blanco, con un volante de lo mismo, con cabecilla; manga entre-ancha, con un ancho volante; cuello grande, con un volanti-to; cinturon de crespon color de rosa; sombrero de paja de alas anchas y levantadas por los lados, adornado de cintas y flores color de rosa; zapatos de cabritilla blancos con lazos-rosetas color de rosa.

3. Niña de seis á siete años : vestido verdede foulard; primera falda plegada de alto abajo ; túnica recogida por detras ; manga entre-ancha abierta , adornada de una puntilla de hilo y un terciopelo negro ; lo mismo va adornado el escote que cuadrado : sombrero de paja , apuntada el ala en el lado derecho con una flor morada.

4. Niña de cuatro años : vestido de muselina blanco ; primera falda con un ancho volante alaíre y cabe-

cilla , sujeto con un bias de foulard azul ; túnica abierta por delante y recogida en los costados , adornada como la falda ; sombrero de paja con cintas azules y rosas ; botitas de saten azul ; cinturon azul.

Niño de un año : vestido de hilo color de paja , adornado con un volante puesto en festones ; encima una cinta de piqué labrada , del mismo color , con hilos negros en el extremo de cada onda sube formando tres cuadros.

GEROGLÍFICO.



(La solución en el número siguiente.)

MADRID, 1873.—Imprenta, estereotipia y galvanoplastia de ARIBAU y C.^{ta},
sucesores de RIVADENEYRA.—Calle del Duque de Osuna , núm. 3.